

*LOS ESTADOS UNIDOS*

*EN 1875*

---

*CONFERENCIA*

---

Os voy á hablar de los Estados Unidos de la América del Norte.

El rápido engrandecimiento de esa república, modelo para unos de cuanto hasta ahora se ha realizado de mejor y más completo en el orden político, ejemplo para otros del grado más alto de confusión y extravagancia á que la exageración de ciertos principios puede conducir á una sociedad, es de todos modos uno de los más interesantes fenómenos de la historia moderna. Pero es también uno de esos problemas que sólo cabalmente comprenden quienes los estudian sin ira y sin amor,—para usar la frase tan común del historiador romano,—sin idea preconcebida, sin el propósito de encontrar en su desarrollo la prueba de la



eficacia ó debilidad de una teoría previamente acariaciada.

Es forzoso desprenderse, al abordar el problema, de la admiracion ferviente y ciega del demócrata europeo, que observa con envidia fácilmente ejecutado en ese suelo vírgen todavía lo que en otras partes cuesta rios de sangre y lágrimas el ensayar, lo mismo que de la miedosa aversion de otros políticos asustadizos que presienten con espanto la americanizacion—como dicen—del resto del universo.

Es el gran país de los contrastes. Esa tierra, asilo inviolable de la libertad, asiento firme de la igualdad política, inmensa colmena donde cuarenta millones de habitantes trabajan gozando sin temor del derecho absoluto de gobernarse por sí solos, es la nacion donde vivian ayer en situacion intolerable, como bestias de carga, cuatro millones de séres africanos, cuyos dueños creian, sin remordimiento de conciencia, que pertenecian á otra especie inferior á la especie humana, punto de transicion entre el hombre blanco y el animal dañino. Blasfemia por cierto que se pagó muy cara!

Una tempestad, sin igual en los anales del universo, barrió el país y pareció llevárselo, todo y de una vez, al abismo de la ruina. Pero la libertad, la más indulgente de las madres, quiso perdonar la iniquidad que era causa de ese desquiciamiento, de esa horrorosa tormenta; infundióles valor y fuerzas para combatirla,

para sacar á flote su constitucion, para salvarla al traves de sangre, ruinas, miserias y dolores sin cuento, purificándola, inscribiendo en ella tres enmiendas que proclamaron por primera vez el dogma de la igualdad de todos los hombres.

Mas injusticias semejantes no se purgan sólo con retractacion tardía. Diez años lleva hoy de concluida esa guerra sangrienta, y la vasta extension de terreno que le sirvió de trágico teatro es todavía una inmensa llaga, sin cesar abierta, que destila sangre y arranca gemidos al país. La lógica inexorable buscó su aliada natural en la embriaguez de la victoria, y arrastró al implacable vencedor á promulgar esa décimaquinta enmienda de la Constitucion, que los negros celebran anualmente con júbilo como la fecha inmortal de su redencion; pero que cayó como un torbellino sobre aquel suelo devastado, produciendo tal confusion y desconcierto, que puede decirse que allí hoy los que eran siervos son señores y los que eran señores sufren y se lamentan como cautivos.

No recuerdo haber sido testigo de otro espectáculo tan desgarrador como el que presentan algunos de los estados del Sur de la Union Americana. Los hombres, los antiguos paladines de la Confederacion, vencidos, arruinados, víctimas de una tristeza profunda, superior á toda resignacion; las mujeres, más heroicas y ménos prácticas como siempre, alimentando en



su seno todavía la llama del patriotismo que tan caro les cuesta, á ellas, á sus esposos, y á sus hijos; vástagos todos de una raza refinada, aristocrática, viviendo ahora en medio de la miseria donde doce años ántes gozaron todas las venturas de la tierra, contemplando con ojos áridos sus hogares desbaratados; proscritos en su propia patria; indiferentes á la cosa pública; miéntras que allá en el antiguo Capitolio, cuyas bóvedas han devuelto tantas veces el eco de ardientes discursos en defensa de los derechos del Estado contra las invasiones del poder central, se agita y ahulla una asamblea compuesta en su mayor parte de negros ignorantes, nombrada por millares de séres embrutecidos por siglos de degradacion, que han acudido á las urnas como manadas de carneros, guiados por pastores sin conciencia, por aventureros insaciables, residuo pestilente dejado por la oleada de la invasion y de la guerra. El Estado, miéntras tanto, presa de la bancarrota, del desórden, la miseria y la anarquía; los blancos desesperados y dudando hasta de la libertad; los negros tan infelices como ántes, esclavos de la ignorancia y las pasiones, prostituyendo su derecho hasta confundirlo con la venganza!

Suerte en efecto lastimosa la de esos estados vendidos! Y sin embargo, apénas es posible hacer de ella responsable al vencedor. Sin negar la realidad del dolor, es permitido dudar de la oportunidad del la-

mento. No podia ser de otra manera, pues nunca se cometen en balde faltas de tan tremendas proporciones. Las grandes injusticias dejan siempre huellas profundas, reacciones inevitables, y es forzoso someterse para purgarlas á largas y dilatadas pruebas. Es cruel decirlo; pero más que todos esos dolores, importa al mundo que se haya consignado en la Constitucion americana el dogma de la igualdad política y social!

Aleluya pues! Sí, la igualdad es un precepto y un hecho consumado en la patria de John Brown! Los negros son libres y el sufragio es universal. No se ha cercenado ese derecho para compensar el estado de ignorancia de los que lo usan. El viajero que recorre de océano á océano la vasta extension de la República piensa con delicia que todo el que vive sobre ese suelo goza de la plenitud de sus derechos políticos y naturales. Grande y espléndida conquista; pero el hermoso cuadro tiene todavía sombras por aquí y por allí que ennegrecen algunos de sus detalles.

No quiero hablar de los indios, de los pobres indios que no pueden, por su desgracia, comprender los encantos de la civilizacion tan rápida y violentamente como ésta marcha y penetra en la tierra que ocupan desde tiempo inmemorial; los indios cazadores que han de realizar en un día lo que el mismo hombre pálido que se lo exige, tardó siglos en verificar: el trán-



sito de la vida del cazador á la de pastor y agricultor. Mas la civilizaci3n es inexorable ; el indio huye espantado ; ella lo persigue, lo alcanza, y como el carro monstruoso de Brama lo aplasta y lo aniquila.

En el extremo occidental de la Rep3blica se encuentra un Estado cuyo nombre sonoro ha corrido de boca en boca el mundo entero, desierto 3 inculto hace veinte y cinco a3os, riquísimo y poblado hoy, la tierra del vellocino á que corrieron desalados millares de Argonautas modernos, y que vuelta ahora en sí de la fiebre de oro que contagi3 y consumi3 á tantos infelices, pide á otras artes mejores y más seguros resultados que el incierto azar del laboreo de las minas de oro y plata.

El océano Pacífico baña sus costas, y en la opuesta ribera se extienden vastísimos y opulentos imperios cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos antehist3ricos. Una poderosa línea de vapores abrevia la distancia entre ambas orillas y aproxima el Asia á la Europa, porque aún despues de abierto el canal de Suez, no puede ésta por ninguna otra vía competir con la celeridad del ferrocarril transcontinental americano. Sus magníficos vapores llegan atestados de inmigrantes, excedente de la densa poblacion del Celeste Imperio ; los más de esos viajeros nunca vuelven á pisar la Tierra de las Flores de donde vienen, y sólo son felices los que mueren seguros de que sus restos dormirán

cerca de los huesos de sus padres. Los vapores, á falta de pasajeros de retorno, vuelven cargados de cadáveres.

¿ Qué suerte hallan esos pobres chinos en su nueva patria ? Ni los ilotas de Lacedemonia, ni los párias de la India fueron jamás tratados con crueldad ó desprecio iguales. Van allí sólo á trabajar, no pretenden ejercer derechos políticos que las leyes les concederian á los pocos a3os de residencia, son hijos de una civilizaci3n antiquísima, y ni estiman ni comprenden la civilizaci3n europea ; piden tranquilidad personal, aire y luz únicamente. Esto es lo que precisamente se les niega. Las leyes del estado los persiguen como á plagas de insectos perniciosos. Los ciudadanos los maltratan, los roban y asesinan sin excusa ni provocaci3n. No tienen á quién ni cómo demandar justicia. Su testimonio nada vale ante los tribunales, y guay del blanco compasivo que osase declarar en favor de un chino injustamente maltratado !

Así sucede en la misma ciudad de San Francisco de California donde pasan de veinte mil los chinos ; calculad cuánto más horrible no será en el interior del estado, donde llegan á cien mil ; en las minas, donde la muerte de un chino no causa más efecto que la de un animal sin dueño ! La opinion pública los persigue, la mayoría de los residentes los odia á muerte, y es claro que bajo el régimen del sufragio universal



americano no hay remedio local contra los desmanes de la mayoría, pues elige y nombra los legisladores, los jueces, y hasta el verdugo !

¿Cuál es el origen de tan implacable aversión? Helo aquí: éste y no otro: el chino, que vive de arroz, se contenta con la cuarta parte del salario que exige el hombre blanco, comedor de carne. Ha inundado el país, beneficia las minas, ha construido el gran ferrocarril interoceánico que sin él, ó estaría aún incompleto, ó habria costado muchos millones más, tripula toda la marina mercante, atiende con esmero femenino al servicio doméstico, ha producido, en fin, una revolucion económica y hecho bajar considerablemente el valor del trabajo.

El interes, en su forma más sórdida y repugnante, es, pues, la única causa de esa horrible iniquidad. No es odio á la religion de Buda, no es miedo de que introduzcan sus prácticas bárbaras de la poligamia y el infanticidio: es una cuestion aritmética de dinero. Ellos, sin embargo, aguijados por la necesidad no se dejan ahuyentar, y el mal toma tales proporciones que será preciso ponerle término.

La libertad—es mi profunda conviccion—sabe curar los males que ella misma ocasiona. Así ha sucedido con frecuencia en los Estados Unidos. Las prácticas más insensatas se toleran hasta que llega un momento que encienden y excitan la opinion pública

de tal manera que su solo soplo las extirpa y aniquila.

La nueva y extraña secta de los Mormones ha sido por muchos años el escándalo de la civilizacion americana; los mismos que profesan en toda su latitud el principio de la libertad absoluta de los cultos tienen que cejar ante esa práctica vergonzosa de la poligamia, que es un rito fundamental del Mormonismo. Un batallon de soldados hubiera barrido fácilmente del suelo de la patria esa inmunda institucion, hoy sobre todo que el silbido de la locomotora se mezcla triunfalmente con el viento que lleva el eco de los cánticos mormones. El gobierno, que protegió el crecimiento de la secta, ha tenido miedo de atacarla cuando la ha visto fuerte y robusta.

Sabido es en qué consiste ese novísimo culto. Fundado por José Smith, charlatan sin escrúpulos, de quien sus vecinos intolerantes hicieron un mártir, dando así á la secta un prestigio que de otro modo nunca tal vez hubiera conseguido, cayó luego en poder de un aventurero sagaz que condujo á los proscritos á una nueva Tierra de Promision en las orillas del Lago Salado, y predicó el dogma de la poligamia. No hallo sin embargo en esa religion, que recibe anualmente tres ó cuatro mil convertidos, un solo rasgo, una sola idea, un solo símbolo que explique, ó justifique á primera vista, su existencia. Nuevo y triste ejemplo de



la seducción incomprensible que el error ejerce sobre la inteligencia humana! Es un conjunto mal zurcido de fragmentos de ideas comunísimas y prosaicas; pero la organización interna es un dechado de cohesión y centralización. Brigham Young, el sucesor de Smith, el caudillo que los condujo al suelo prometido, es más que un antiguo califa mahometano, Profeta y Rey, jefe espiritual y temporal, señor de las conciencias y árbitro de vidas y haciendas, que supuso una nueva revelación con audaz superchería, y al predicar la poligamia ató con más estrecho vínculo á su rebaño; pues, según la teología mormónica, el mayor número de esposas perfecciona y santifica al hombre, y el profeta Brigham Young es el único que, en consulta con Dios, aprueba ó rechaza inapelablemente un nuevo matrimonio proyectado.

Los americanos juiciosos pensaban con razón que la línea férrea del Atlántico al Pacífico al pasar, como pasa, junto á la Ciudad del Lago Salado, heriría de muerte ese escándalo, esa secta que con sus bíblicas pretensiones de seguir el ejemplo de los patriarcas hebreos, es quizás más bien en realidad un reflejo de la moral primitiva de los indios salvajes. Así ha sido. El mormonismo se agita sacudido en estos instantes por una crisis decisiva; Brigham Young medita un nuevo éxodo, más lejos esta vez, á una isla inculca del mar del Sur, y los habitantes gentiles de la ciudad,

que gracias al ferrocarril aumentan constantemente, persiguen al polígamo, en nombre de la ley común, ante los tribunales ordinarios. Está, pues, el mormonismo, lo repito, á punto de fenecer, ó de huir adonde todavía no lo alcance la civilización, ó de renunciar á la pluralidad del matrimonio. De todos modos ha surgido un problema interesante aún no resuelto por la libertad de cultos americana.

Y esa solución tiene que venir, es forzoso buscarla y encontrarla, porque mañana tal vez no podrán extraerse tan fácilmente del suelo americano otras plantas no menos nocivas, aunque en la apariencia más inocentes, productos deletéreos de una sociedad en estado de fermentación, experimentos atrevidos de la más desenfadada insensatez.

En pleno Estado de Nueva York, el más importante y poblado de la Unión, en medio de la red más estrecha de caminos, ferrocarriles y canales que se ha construido jamás; á pocas millas de las riberas del Atlántico, no ya en las soledades perdidas del Oeste, se han establecido desde hace años, y duran y prosperan, asociaciones extravagantes, organizadoras de la demencia humana en pleno frenesí y desbordamiento. A orillas del noble y caudaloso Hudson, el río que mansamente lame la imperial ciudad de Nueva York, los Cuáqueros del Monte Líbano, comunistas prácticos, que predicán el ascetismo más estricto y pondrían



punto final al crecimiento de nuestra especie si sus doctrinas prevalecieran; que dan al traste en los delirios de su contemplación extática con el amor de la patria, con el culto de la familia, con el deber público, cimiento y argamasa de toda sociedad terrestre. Más allá, en el paso mismo del tronco central de los ferrocarriles del estado, la comunidad de Oneida, resurrección de la Icaria de Cabet ó la Armonía de Owen, donde todo es de todos, absolutamente comun, el hombre, la mujer, la tierra. En el resto del país, mil otras agrupaciones por el mismo estilo, y en todas las ciudades, por dondequiera, predicaciones disolventes, subversivas de la sociedad y la familia, públicamente profesadas en la plaza pública, impresas en libros y en periódicos, confesadas y adoptadas sin miedo y sin pudor.

Muy larga sería la historia de los extravíos del espíritu americano; me detengo y me pregunto: ¿Dónde se han producido esas excrecencias enfermizas? ¿Es acaso en una nación decrepita, en una sociedad podrida, que naufraga, que zozobra bajo el peso de su corrupción y en las revueltas oleadas de su propio desconcierto? Ciertamente que nó; no es en una nueva Bizancio americana, sino en una joven, fuerte y libérrima república; en una poderosa federación, donde cuarenta millones de habitantes miran al cielo con la frente erguida y el corazón templado por la conciencia

de su derecho; en un país, en fin, cuya vida robusta ha podido, en el breve espacio de una sola centuria, desarrollar tan gradual y tan rápidamente sus proporciones que—ya lo veis—es un gigante, con el cuerpo y el alma de un Titan, de un Titan moderno, en quien los rayos de Júpiter no imponen sobresalto ni temor.

La extensión del país es un portento por sí sola, desde un océano al otro, desde los grandes lagos del Norte, que son mares verdaderos, hasta los golfos de Méjico y de California. Mirándolo en el mapa, no se comprende el ruido que imperceptibles naciones han logrado causar en el mundo; y dicen jocosamente en los Estados Unidos que el americano residente en Londres no se atreve á salir de noche de su hotel, por temor de caer en el mar adonde quiera que se dirija. Abraza dentro de sus fronteras más de tres millones de millas cuadradas de la zona templada, con una buena parte de agua casi siempre navegable; sus lagos y sus ríos son los mayores del mundo, y embarcaciones sin número, desde el palacio flotante hasta la barca del pescador, los surcan en todas direcciones; costosos canales corrigen la obra de la naturaleza donde no ha querido ella ser propicia al hombre, y acaban de inventar, en el año último, el medio de recorrerlos en buques de vapor; su marina mercante cede sólo, en actividad y número, á la marina de la Inglaterra. El tráfico de un solo lago y una sola ciudad interior,



Buffalo ó Chicago, á orillas del Erie ó del Michigan, es mayor que todo el comercio de cabotaje y travesía del Imperio del Brasil. Setenta mil millas de ferrocarriles, que bastarian para ceñir el globo, proyectan cuádruple y séxtuple línea de acero en todas direcciones. Ningun otro país publica tantos libros é imprime igual número de periódicos.

Centenares de miles de emigrados ponen anualmente el pié en el suelo de la República; vienen hacinados como fardos en barcos de todas las naciones, arrojados en monton, expelidos por el hambre y la miseria de su propio país, como la hirviente espuma de una urna demasiado llena; y al tocar la hospitalaria ribera sienten un nuevo hálito de vida que les enciende y ensancha el pecho. Eran nada y son algo; eran átomos y se convierten en individuos; eran números, simples cifras como las cabezas de un rebaño, y al fin se sienten hombres, iguales al más alto, capaces por primera vez de imprimir al mundo el sello de su virilidad y de su energía. *Cælum non animum mutant qui trans mare currunt*, dijo melancólicamente el poeta latino, porque no previó á los pobladores americanos. Estos inmigrantes mudan de ánimo y de patria juntamente; se embarcan cargados de penas, y pronto olvidan las angustias del pasado y adquieren firme y sólida esperanza en el porvenir. Se forman con sus manos una nueva patria que conquistan del indio salvaje, que

amoldan á su manera y fecundan con su trabajo. Por eso, en la extensión ilimitada de ese continente, repercute, sobre todos los ruidos, el rechinar del hacha abriéndose camino al traves del bosque secular, y la uña del arado domando la tierra montaraz.

¿Cómo se explica esa prosperidad? ¿Cómo se han consumado en ménos de cien años tantas maravillas? Tan rápido, tan precoz y al mismo tiempo tan robusto desarrollo no es, no puede ser producto del acaso ni del concurso de circunstancias puramente accidentales. Antes se les miraba como simples hijos mimados de la fortuna, se les comparaba á un negociante audaz, iniciador de un nuevo género de comercio, y que, como tantos otros millonarios americanos, habia realizado colosales ganancias en épocas en que la competencia era nula, el negocio pingüe y la confianza general. Mas vinieron esós cuatro años de terrible guerra civil, y la carrera de su engrandecimiento pareció de una vez y para siempre interrumpida.

No ha sido así. La guerra les echó encima el peso abrumador de una deuda enorme, esterilizó las ricas provincias meridionales, trastornó por completo el sistema del trabajo, suprimió de una plumada, con la firma de una proclama militar, millones y millones de propiedad, repartió á manos llenas por todo el país la agria levadura del odio entre hermanos, de la vida corruptora del campamento, de la especulacion insolente



y sin freno; y sin embargo, no los ha arruinado. Ha cimentado nuevamente su poder; lo ha madurado, por decirlo así, sustituyendo una energía mejor dirigida á la petulancia revoltosa y juvenil que ántes los caracterizaba. Y no sólo la guerra civil; mil otras causas disolventes, ensayos corrosivos de que he hablado, y cien más que seria demasiado largo exponer, que en otra parte hubieran precipitado un desquiciamiento, han venido, han desplegado toda su fuerza para el mal, el país ha resistido, se ha asimilado el elemento corruptor, y el veneno ha desaparecido sin alterar el organismo ni debilitar su desarrollo.

Todo eso para muchos proviene de la raza, se explica simplemente por la amalgama anglo-sajona que puebla la Gran Bretaña y colonizó las costas del Atlántico, núcleo y principio, como es sabido, de la República americana. Explicación que á mi juicio nada explica, vaga é inexacta como todas las de su especie. El que rechaza la idea de tener á la raza latina por incapaz de fundar prósperas naciones, niega por lo mismo el segundo término del sofisma que supone á las razas sajonas especialmente preparadas para crear el régimen del orden y de la libertad.

Los hechos además destruyen esa teoría. Siempre ha sido la Inglaterra el asiento del monopolio, la patria del privilegio; colonizó esa sección americana que todavía hoy se llama Nueva Inglaterra, pero mientras

pudo combatió á sangre y fuego su emancipación. Hace cincuenta años que vive la Gran Bretaña agitada por la aplicación incesante de reformas, que sin embargo no han borrado aún el poderoso elemento de desigualdad y aristocracia, que es la esencia de su vida. La verdad es que esa liberalización del Imperio británico se debe más que á nada á la influencia directa de los Estados Unidos; la colonia que fué esclava, y es hoy república independiente y feliz, ha producido con su ejemplo eficaz ese interesante espectáculo que en nuestro siglo ofrece al mundo la patria de Jorge Canning y de Roberto Peel.

Pero hay hechos y consideraciones más poderosas. Extiéndese por toda la frontera septentrional de los Estados Unidos un vasto territorio con el mismo clima y las mismas condiciones físicas que la mayor parte de la República americana, colonizado y poblado por hijos de la Gran Bretaña, por ramas del mismo tronco de donde salieron los peregrinos de la *Flor de Mayo*. Tienen un buen gobierno, la misma lengua, costumbres parecidas, energía y vigor iguales.

¿Es acaso idéntica la situación económica, política y social del Canadá y los Estados Unidos de Norte América?

No pueden estar más cerca, os lo repito. Frente á frente de ese océano despeñado que se llama catarata del Niágara, corre un puente de hierro, delgado, aéreo,